

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER, MARTÍN HOPENHAYN  
TOMÁS MOULIAN, LUDOLFO PARAMIO

## **Paradigmas de conocimiento y práctica social en Chile**

Flacso  
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

## Indice

<b>Prólogo</b>	9
<b>La investigación social positiva y la utilización del conocimiento</b> José Joaquín Brunner	15
<b>El marxismo en Chile: Producción y utilización</b> Tomás Moulian	107
<b>El materialismo histórico como programa de investigación</b> Ludolfo Paramio	163
<b>El humanismo crítico como campo de saberes sociales en Chile</b> Martín Hopenhayn	203

## Prólogo

En las sociedades llamadas «sociedades de conocimiento», al igual que en la política contemporánea, se utilizan de múltiples formas los saberes generados por la investigación social. Ellos están presentes en la prensa diaria, son empleados por las oficinas públicas y los partidos, aparecen en los debates sobre diversos asuntos e, incluso, permean el lenguaje cotidiano de las personas educadas.

Vivimos en medio de un mundo cuyas estructuras y apariencias están representadas por estrictos mapas de conocimientos: la pobreza es cuantificada rigurosamente, los movimientos de la opinión pública son medidos por las encuestas, a cada momento empleamos estadísticas sociales y los propios problemas de la sociedad existen una vez que son identificados por la investigación.

Algo similar ocurre en la esfera de la política: se desconfía de las soluciones puramente ideológicas y se insiste en la necesidad de otorgarles un fundamento técnico. Cada vez más, la política se apoya en el saber del experto, y algo similar ocurre con los ministerios, el Parlamento, los partidos, los sindicatos y los medios de comunicación.

Al moverse los conocimientos generados por la investigación social hacia el centro de las sociedades, también el papel desempeñado por los investigadores se ha vuelto más complejo y diferenciado. La clásica figura del investigador como un académico encerrado en los límites de su oficina, rodeado de libros y dedicado exclusivamente al estudio y a la docencia, están dando paso a la nueva figura de múltiples y diversas demandas.

El experto social puede ser un académico tradicional, pero frecuentemente no lo es. Ahora suele ser un investigador que actúa como

consultor, como asesor, como fuente de información o como pivote de contactos dentro de una red mayor de especialistas. Su oficina es un espacio abierto y multidimensional, ya que actúa en muchos lugares físicos: concurre a reuniones en los ministerios, asiste como experto al Parlamento, es contratado por una oficina consultora, tiene una red de clientes, viaja a lo largo de su país y fuera de él, concurre a seminarios de especialistas y escribe en distintos medios.

En breve, su vida no se halla limitada a la producción de conocimientos. El entorno que lo rodea, en función del cual él trabaja, le exige ahora, además, difundir y promover esos conocimientos, aplicarlos allí donde sea posible y, en cualquier caso, ponerlos a disposición de los potenciales usuarios. Su existencia se ha vuelto así menos tranquila y protegida; sus valores —tradicionalmente aquellos propios del *ethos* académico— se han visto invadidos por consideraciones utilitarias y de mercado y, su participación en la política ha cambiado desde el rol del ideólogo al rol de experto o especialista que presta su apoyo a decisiones que otros hacen en las esferas de su competencia.

Todos estos cambios tienen mucho que ver con las cambiantes modalidades del financiamiento de la investigación social.

En efecto, hasta ayer, mientras el Estado estuvo en condiciones y tuvo la voluntad de financiar benevolentemente a las universidades, los investigadores sociales pudieron aprovechar cómodamente esos recursos y autodeterminar su producción y su productividad, casi sin considerar variables exógenas.

Tal situación cambió drásticamente en Chile al momento de instalarse el gobierno militar. Desde ese momento, los científicos sociales fueron tratados con hostilidad, sus departamentos universitarios fueron suprimidos o reducidos en tamaño, su producción fue descartada y perdió significación y en general, la investigación social fue obligada a reestructurarse completamente y a buscar un nuevo hogar institucional.

De allí surgieron los denominados centros académicos independientes, instituciones privadas dedicadas a la investigación social bajo las condiciones del autoritarismo. La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) dedicó ya un libro al análisis de ese fenómeno institucional, que sirve como antecedente al presente volumen<sup>1</sup>.

---

1. Véase José Joaquín Brunner y Alicia Barros *Inquisición, mercado y filantropía*. FLACSO, Santiago de Chile, 1987.

Uno de los rasgos salientes de esos centros fue la modalidad de su financiamiento. En ausencia de recursos internos, públicos o privados, los investigadores agrupados en ellos debieron salir a buscar fondos fuera del país, y los obtuvieron de múltiples fuentes, tales como agencias, públicas o privadas, de carácter internacional o radicadas en los países desarrollados del norte. Cada vez que esas agencias acordaron otorgar fondos a los centros chilenos de investigación social, lo hicieron bajo un conjunto de condiciones que, a la postre, serían decisivas para la práctica de los investigadores.

En primer lugar, los recursos fueron asignados contra proyectos, con clara delimitación de los objetivos buscados, de los medios que se emplearían y de un exhaustivo cronograma de actividades.

En segundo lugar, tales proyectos, para ser aprobados, debieron pasar por un examen, el cual habitualmente contemplaba el juicio académico de pares contratados por la agencia para ese efecto y el juicio de la propia agencia en términos de la relevancia del proyecto propuesto.

En tercer lugar, los resultados del proyecto —sus productos— debían ser objeto de una evaluación independiente, practicada por la agencia financiadora o por personal experto contratada por ella.

Bajo tales condiciones, la investigación desarrollada en los centros académicos debió acostumbrarse a ser medida con estándares internacionales, se vio forzada a responder a demandas externas y no sólo a la discrecionalidad de sus autores, y tuvo que mejorar su productividad, de modo de poder cumplir con los términos del contrato bajo el cual se otorgaba el financiamiento que la hacía posible.

Pero, además, ello tuvo que tomar en serio, quizá por primera vez de manera sistemática, esa demanda por *relevancia* a la cual se hizo referencia más arriba.

¿Qué se pide a una investigación para poder ser considerada relevante?

Varias y distintas cosas, según quien aplique unos u otros «criterios de relevancia». En principio, de acuerdo al ethos académico tradicional, una investigación es relevante sólo y cuando produce conocimientos que son considerados como una contribución significativa por los pares de la misma disciplina.

Pero en las nuevas condiciones de las cuales aquí estamos hablando, la relevancia esperada es de otra naturaleza. Tiene que ver esencialmente con la utilidad de los conocimientos producidos. Esto es, con su potencialidad de uso o su empleo efectivo fuera de la comunidad

académica. De ahí que el lenguaje empleado por las agencias para referirse a esta dimensión de relevancia incluye categorías tales como el «impacto social» de la investigación, o su «potencial de aprovechamiento» por parte de agencias gubernamentales y organismos sociales, o del «número de beneficiarios» que podrían usar los resultados de una investigación.

Para los investigadores sociales, acostumbrados a enjuiciar la relevancia de sus conocimientos sólo en términos de criterios disciplinarios, la actitud de las agencias financiadoras equivale a una verdadera intromisión en su ámbito específicamente profesional de juicio. Al comienzo, por lo mismo, se allanaron a aceptar tal situación exclusivamente porque no podían hacer otra cosa si deseaban seguir contando con recursos para desarrollar su oficio. Con posterioridad, sin embargo, su actitud fue variando, hasta llegar el momento en que aceptaron las nuevas reglas del juego por considerar que ellas reflejaban un cambio más generalizado en los patrones de evaluación del conocimiento generado por la investigación social.

En efecto, con los avances de la modernidad, ese conocimiento había llegado a ser a tal punto importante para el funcionamiento de las sociedades que ya no era concebible mantenerlo al margen de consideraciones externas a la comunidad de productores. Paradojalmente, entonces, era su propio éxito —o al menos la promesa de éxito que él envolvía— lo que le había llevado a convertirse en un producto social, política y económicamente valorado.

Habiendo abandonado su enclaustramiento académico, el conocimiento generado por la investigación social se convertía ahora en un instrumento de cambio de las sociedades y podía ser utilizado con provecho por distintos grupos y organizaciones. Pero sólo a condición de que su búsqueda, creación y comunicación fuesen diseñadas de tal manera que diesen lugar, en una fase posterior, a su utilización en la vida práctica de la sociedad, sea donde fuere que se le pudiese aprovechar.

En curso está, por tanto, una verdadera revolución dentro del ámbito de las ciencias sociales, cuya conexión con los procesos de decisión y de interacción que tienen lugar en la sociedad aumenta exponencialmente.

En este volumen se hace una revisión de las grandes corrientes cognitivas que en América Latina, y más concretamente en Chile, han regulado la investigación social y su utilización práctica en el ámbito social. Se establecen cuatro paradigmas que han marcado en los últimos

cuarenta años no sólo el quehacer académico, sino también en no pequeña medida la orientación política de nuestro subcontinente.

José Joaquín Brunner en el primer trabajo desarrolla el paradigma positivista, el cual busca combinar la producción de conocimientos científicos con su aplicación práctica mediante operaciones de ingeniería social. Es una tendencia que cobra especial fuerza después de la II Guerra Mundial en que las ciencias sociales adquirieron gran prestigio e influencia en la sociedad y en los gobiernos, que creyeron ver en ella un eficaz instrumento para el desarrollo. En el caso de Chile, la formación de un sistema de investigación social positivo coincide con la aparición de la investigación social profesionalmente organizada durante la década de 1950.

En el segundo trabajo Tomás Moulian trata sobre el paradigma marxista en Chile, su producción y su utilización. Se presentan dos aproximaciones distintas al marxismo: la metodológica —basada fundamentalmente en la noción de la dialéctica—, que da como resultado un marxismo abierto, que no posee todas las respuestas. Fue una concepción propia de las corrientes socialistas. La otra aproximación fue la teórica o marxista-leninista que tuvo dos versiones. Una clásica resultante de la importación del paradigma de la Unión Soviética y cuyo exponente era el Partido Comunista; otra que se desarrolló posteriormente, la castrista, propia de los grupos revolucionarios que emergen en los años 70, y que permea ciertos sectores del partido socialista. El abrupto final del gobierno de la Unidad Popular y la posterior reflexión en el exterior y en el interior del país de muchos de sus partidarios produce el proceso de renovación socialista, proceso que es analizado en la última parte de este trabajo en cuanto incide en la producción de conocimientos dentro de la tradición de un marxismo revisado y, en otros casos, abandonados.

La aportación de Ludolfo Paramio cuestiona el pretendido contenido científico del materialismo histórico desde las diversas concepciones modernas de la filosofía de la ciencia. Esta había venido acusando al marxismo, incluso cuando atravesaba su fase de hegemonía académica en Europa, América Latina y posteriormente en Estados Unidos, de haberse convertido en un sistema de valores y creencias, del cual a un marxista ortodoxo ningún hecho empírico le podía apear. Paramio analiza los aspectos útiles de la teoría marxista después de ser sometida a las exigencias actuales de los criterios científicos y propone un programa de investigación en el que los materiales historiográficos y el

formalismo microeconómico puedan ser explotados sin que impongan sus propias reglas de juego.

El trabajo de Martín Hopenhayn presenta una nueva sensibilidad de las ciencias sociales, el humanismo crítico, cuyas filiaciones axiológicas y epistemológicas, así como su práctica de investigación y comunicación de conocimientos aparecen aún dispersas. Esta sensibilidad nace del desencanto y desconfianza de otros saberes sociales previamente constituidos en Chile, representados, por ejemplo, por los paradigmas positivista y marxista. Se parte de una crítica radical al peligro totalitario de otras tradiciones y también de la negación a constituirse en conocimiento orgánico al servicio del Estado o de cualquier grupo político. Su horizonte es la utopía democrática situada no sólo en la esfera del Estado, sino también en ámbitos mucho más cercanos (el familiar, el comunitario, el local, el regional, etcétera) y en distintas áreas (cultural, comunicacional, económica, política, social, moral, sexual, étnica, etcétera).

El conjunto de las aportaciones de este libro constituyen la primera parte de un trabajo más amplio: el Programa de Estudios sobre la Utilización del Conocimiento Producido por la Investigación, que se lleva a cabo en la FLACSO, y que se desarrollarán en tres volúmenes con estudios de casos concretos. Dicho Programa contó con el apoyo del International Development Research Center (IDRC) del Canadá, cuyo aporte valioso hace posible también la publicación de esta obra.